

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Rubén Darío, a wandering spirit between Mallorca and Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo (Universidad de Granada)

lsanchez@ugr.es

RESUMEN

Barcelona y Mallorca son dos puntos de referencia para analizar no sólo las relaciones culturales y de amistad de Rubén Darío con los escritores de la generación modernista catalana, así como la manera en la que todos ellos, en español o en catalán, se leyeron y se reconocieron en la misma afinidad estética, sino también para ver cómo la naturaleza y el paisaje mediterráneo influyeron de una manera significativa en la trayectoria poética de Darío.

Palabras clave: Rubén Darío; Barcelona; Mallorca; catalanismo; modernismo; Mediterráneo.

ABSTRACT

Barcelona and Mallorca are two reference points to analyze not only cultural and friendship relationships of Rubén Darío with the writers of the Catalanian modernist generation, the way in that all of them, in Spanish or Catalan, read and shared the same style, but also to appreciate how nature and the Mediterranean landscape influenced in a significant way on Darío's poetic development.

Keywords: Rubén Darío; Barcelona; Mallorca; catalanism; modernism; Mediterranean.

El primer viaje de Rubén Darío a España se produjo en 1892 con motivo de participar en las fiestas del IV Centenario del Descubrimiento de América, como secretario de la delegación de Nicaragua. En agosto llegó a Santander, desde donde se trasladó a Madrid. En la capital del reino, en poco más de una semana, conoció a políticos y literatos de la España oficial de la época, de Castelar a Cánovas del Castillo, de Zorrilla, Valera, la Pardo Bazán a Campoamor, “los viejos maestros de la Restauración que tuvieron, para él y su obra palabras de generosidad y aliento” (Darío, *España contemporánea* 11). Su segunda visita a España, esta vez como corresponsal del diario de Buenos Aires *La Nación* fue, sin embargo, más trascendental. Su misión era pulsar el clima que se vivía en el país después de la guerra con los Estados Unidos y la consiguiente pérdida de las últimas colonias de Cuba y Filipinas: “Acababa de pasar la terrible guerra de España con los Estados Unidos. Conversando con Julio Piquet me informo de que *La Nación* deseaba enviar un redactor a España para que escribiese sobre la situación en que había quedado la madre patria” nos informa él mismo en su *Autobiografía* (Darío, *Obras completas* I 139-140). Pero Darío, además de la cuestión político-social, que es el pretexto que le trae a nuestro país como periodista, también quiere constatar *in situ* el estado de la literatura que, en esos momentos, se escribía en España y contactar con sus amigos españoles, alguno de los cuales conocía personalmente de su anterior viaje o, simplemente, por carta. A raíz de esta segunda visita, Darío escribirá los artículos para el diario bonaerense que después reunirá en su libro *España contemporánea* (París, 1901) en los que fue describiendo y analizando el estado en el que se encontraba aquella España convulsa de finales del siglo XIX, de una manera profunda y digna de elogio por venir, además, de un ciudadano hispanoamericano con lo que esto significaba en aquella España del desastre. Como ha escrito Noel Rivas Bravo, en su edición de la *España contemporánea*, Darío “se nos aparece como un pensador, sociólogo y hasta economista, que observa, analiza y propone soluciones que trascienden el orden estético y literario y se adentran en la más pura realidad con el mismo talante que los regeneracionistas, lejos de cisnes vagos y princesas imposibles” (Darío, *España contemporánea* 17).

El barco que lo trae desde Buenos Aires atraca en Barcelona el 22 de diciembre de 1898 y a la ciudad condal dedica una de sus primeras crónicas escritas en España¹.

¹ Publicada en *La Nación* el 30 de enero de 1899 con los títulos “En Barcelona. Por la rambla famosa. El orgullo obrero. La blusa contra la capa. Socialismo, anarquismo, francesismo y separatismo. El maestro Rusiñol. En los Quatre Gats” (Darío, *España contemporánea* 44).

Aunque Rubén Darío ya conoce la obra de muchos escritores y eruditos de la generación catalana de la *Renaixença* como Rubió i Lluch, del que dice es el Menéndez Pelayo de Cataluña, Víctor Balaguer, Jacint Verdaguer, Apel·les Mestres, Àngel Guimerà o Narcís Oller, de quien ha leído *La papallona*, con toda seguridad en su versión francesa porque, en uno de sus artículos para el diario *La Época* de Santiago de Chile (3/X/1886), había citado el prólogo de Emile Zola, es, ahora, cuando, por primera vez, entra en contacto directo con el ambiente cultural barcelonés de fin de siglo. Junto a los nombres consagrados, Darío también tiene referencias de las obras de los escritores y artistas de las jóvenes generaciones: Ramon Casas, Pere Romeu, Miquel Utrillo, Joan Maragall –quien, según Oliver Belmas, detestaba la poesía de Rubén (Oliver 192)–, del regeneracionista Pompeu Gener y de Santiago Rusiñol. Y, pese a ser este último el que tiene más interés en conocer por ser el líder del movimiento modernista catalán, no se puede pasar por alto, sin embargo, la amistad que mantuvo con Gener, un intelectual barcelonés, periodista, filósofo nietzscheano, novelista, autor de libros en francés, muy censurado en España por su heterodoxia, según Menéndez Pelayo, o por su afrancesamiento según Clarín que decía de él que escribía en francés por huir del galicismo.

Muy conocido en América en donde habían aparecido alguno de sus libros y donde era asiduo articulista de la revista *Mundial* de Buenos Aires, medio en el que, años más tarde, publicará una novela titulada *Capitán Proteo* (1911) dedicada, precisamente, a Rubén Darío (Quintián 619), en la Barcelona de finales del XIX, Pompeu Gener fue uno de esos personajes imprescindibles en diarios, tertulias y en cualquier reunión artística que tuviera más o menos eco entre la juventud modernista. Hoy, sin embargo, salvo para los estudiosos de sus libros, o para quienes encuentran todavía cierto interés, aunque sólo sea como personaje de novela, en su diletantismo fin de siglo² es casi una figura olvidada. En todo caso, en las ocasiones en las que Darío vivió en Barcelona, fue de los que más lo frecuentaron, admiraron y quisieron entrañablemente, buenos amigos, además, “por el culto a Lutecia y por sus comunes aficiones a la vida bohemia” (Mallo 39). Pero, sobre todo, Gener fue uno de los primeros intelectuales en España en reconocer que la poesía de Darío se apartaba de la “multitud de versificadores insípidos que llenan las columnas de tanto periódico literario que nos revienta. Por aquellos, y a pesar del señor Clarín, la poesía castellana florece en nueva primavera y promete frutos dignos de nuestro siglo y de nuestra civilización (...) para

² El año 2016, por ejemplo, se publicó una curiosa novela titulada *El cielo de los mentirosos* de Juan Miñana (Barcelona, Malpaso) dedicada a las peripecias vitales de Gener en la Barcelona de entre-siglos.

levantar el nuevo edificio de la poesía española, al lado del actual, vetusto, todo ruinas, todo escombros” (*La Vanguardia*, 21/7/1894).

Santiago Rusiñol es, sin embargo, el nombre más destacable en relación con Rubén Darío. En aquel momento, el reconocimiento de su obra dentro y fuera de Cataluña era unánime. El cosmopolitismo de Rusiñol, su poética, pictórica o literaria, su capacidad de aglutinar en torno a cualquier proyecto cultural a las jóvenes figuras y también a las más viejas, su talante integrador de lo catalán y de lo que no lo era, y, como se dice ahora, su carisma, lo convirtieron en un personaje popular en España sin restarle ni un ápice de importancia a su trabajo artístico. Desde la perspectiva actual, a diferencia de Pompeu Gener, Rusiñol sigue siendo una referencia de primer orden para entender lo que fue el modernismo catalán y los cambios sociales, políticos e ideológicos que se estaban produciendo en Cataluña en la época isabelina de la España de la Restauración³. Como han escrito los historiadores de la literatura de este periodo, el modernismo catalán se alejaba del sistema de valores del positivismo y del naturalismo, ya en crisis en la última década del siglo XIX, crisis de la que los modernistas eran conscientes⁴, y “per damunt de preferències estètiques i d’inclinacions ideològiques concretes, es consideraven caracteritzats, units i diferenciats de la resta del món cultural en què vivien per un propòsit fonamental: el de modernitzar una cultura –i, en el fons, una societat– que, per dir-ho com Brossa, s’entestava a ‘viure del passat’ ” (Marfany 16).

La admiración de Darío por Santiago Rusiñol y por la transformación de la cultura catalana en una cultura moderna y europea, de la que era uno de sus principales protagonistas, quedó manifestada en la primera crónica que dedicó a Barcelona en su *España contemporánea* con estas palabras: “Santiago Rusiñol es un altísimo

3 Sobre Santiago Rusiñol, la bibliografía es numerosa: Josep Pla, *Santiago Rusiñol i el seu temps*, Barcelona, Selecta, 1956 / Barcelona, Destino, 1981; Isabel Coll i Mirabent, *Exposició Cinquantenari de la mort de Santiago Rusiñol: assaig sobre les diferents etapes pictòriques* [catàleg de l’exposició], Sitges: Palau Maricel, 1981; Josep de C. Laplana, *Santiago Rusiñol. El pintor, l’home*, Barcelona, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1995; *Santiago Rusiñol: 1861-1931: obra pictòrica y literaria* [catàleg de l’exposició], Vigo, Fundación Caixa Galicia, 1996; Margarida Casacuberta, *Santiago Rusiñol: vida, literatura i mite*, Barcelona, Curial i Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1997; Margarida Casacuberta, *Els noms de Rusiñol*. Barcelona, Quaderns Crema, 1999; Xavier Antich [et alt.], *Els Jardins de l'ànima de Santiago Rusiñol*, Palma de Mallorca, Sa Nostra, Obra Social i Cultural/Sabadell, Fundació Caixa de Sabadell, 1999; Margarida Casacuberta, *Santiago Rusiñol i el teatre per dins*, Barcelona: Institut del Teatre i Diputació de Barcelona, 1999; Vinyet Panyella, *Paisatges i escenaris de Santiago Rusiñol (París, Sitges, Granada)*, Barcelona, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 2000; Vinyet Panyella, *Santiago Rusiñol: el caminant de la terra*, Barcelona, Edicions 62, 2003; Santiago Rusiñol, *Oraciones* (Estudio y traducción de Lourdes Sánchez Rodrigo), Castellón, Ellago Ed., 2005; *Santiago Rusiñol: l’artista total*, Barcelona, Diputació de Barcelona, 2007; *Santiago Rusiñol: arquetipo del artista moderno (ed. de Daniel Giralt-Miracle)* Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2009.

4 Cfr. Jordi Castellanos, *Raimon Casellas i el Modernisme*, Barcelona, Curial Ed./Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1983; Jordi Castellanos, *Intel·lectuals, cultura i poder*, Barcelona, La Magrana, 1998; 1898: *entre la crisi d’identitat i la modernització. Actes del Congrés Internacional celebrat a Barcelona, 20-24 d’abril de 1998*, 2 vol., (coord. Joaquim Molas) Barcelona, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 2000.

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

espíritu, pintor, escritor, escultor, cuya vida ideológica es de lo más interesante y hermosa y cuya existencia personal es, en extremo, simpática y digna de estudio. Su leonardismo rodea de una aureola gratamente visible su nombre y su obra” (Darío, III 35), además de saber lo mucho que representa para la renovación de la cultura hispánica. Pero, lo más importante, es que el poeta nicaragüense se reconoce en la obra del artista catalán desde el primer momento:

Rusiñol, que no escribe sino en catalán, pone en Cataluña una corriente de Arte puro, de ideales, de virtud y excelencia trascendentes. Por él se acaba de levantar al Greco una estatua en Sitges; por él los nuevos aprenden en ejemplo vivo, que el ser artista no es mimar una Bohemia de cabellos largos y ropas descuidadas y consumir bocks de cerveza y litros de ajeno en los cafés y cabarets, sino en practicar la religión de la Belleza y de la Verdad, creer, cristalizar la aspiración en la obra, dominar el mundo profano, demostrar con la producción propia la fe en un ideal; huir de los apoyos de la crítica oficial tanto como de las camaraderías inconsistentes, y juntar, en fin, la chispa divina a la nobleza humana del carácter (36).

El interés de Rubén Darío por la literatura catalana fue, por lo tanto, temprano y continuó en el tiempo, pero la dificultad de leer las obras en el idioma original y tener que hacerlo en traducciones al español o al francés lo alejaban en buena parte de lo que admiraba. Cuando Pere Romeu, por ejemplo, lo invitó a presenciar una representación de marionetas en la cervecería Els Quatre Gats, uno de los templos de la Barcelona modernista de fin de siglo, escribió que “naturalmente los títeres de los Quatre Gats hablan en catalán y apenas me pude dar cuenta de lo que se trataba en escena” (37). Así que su propósito de aprender catalán se debió de hacer, para él, ineludible y que lo consiguió, más o menos, parece seguro, porque, mucho tiempo después, en 1913, en el homenaje que la revista *Mundial* dedicó a Rusiñol, escribió: “Para pensar o sonreír, con razonada tristeza o gentil y filosófico humor, leo algún libro o comedia del autor de ‘Oracions’ y de ‘El Místich’ en su catalán original, aunque haga algún esfuerzo, por más que Gregorio Martínez Sierra haya realizado la difícil y hermosa tarea de verter al castellano la prosa exquisita de nuestro amigo victorioso” (978).

Una vez en Barcelona, en esos días finales de 1898, Darío dirige sus pasos hacia los lugares que sabía que Rusiñol frecuentaba:

Me dijeron que podía encontrar a Rusiñol en el café de los Quatre Gats. Allá fui. En una estrecha calle se advierte la curiosa arquitectura de la entrada de ese rincón artístico. Pasé una verja de bien trabado hierro y me encontré en el famoso recinto con el no menos famoso Pere Romeu. Es éste el dueño o empresario principal del cabaret; alto, delgado, de

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

larga melena, tipo del barrio latino parisiense, y cuya negra indumentaria se enfloca con una prepotente corbata que trompetea sus agudos colores, no sé hasta que punto “pour épater le bourgeois”. Pregunté por Rusiñol y se me dijo que estaba en su mansión de Sitges; por Pompeyo Gener, que acababa de llegar de París, y se me dijo que a ese no le buscase, pues solamente la casualidad podría hacer que lo encontrara... (36-37).

Sin embargo, no será hasta 1903, en París, cuando los dos artistas tuvieron su primer encuentro: “Es la primera vez en que la persona no me causó decepción por el artista. Personal e intelectualmente es el mismo” escribió en *Tierras solares* (1904) (855). A partir de ese momento, ambos se estimaron mucho y, mutuamente, se tuvieron en un muy alto concepto artístico. Como escribió Jerónimo Mallo, que conoció a los dos, Rusiñol “*fue sin duda el mejor y el más desinteresado de los amigos catalanes de Darío*” en todos los sentidos, también en el económico (Mallo 38).

Pero no sólo era la obra de Rusiñol y la de otros escritores catalanes lo que Darío quería destacar en los artículos que enviaba a *La Nación*, era, también, lo que representaban todos ellos en la Barcelona de fin de siglo, el único lugar de España en el que ya se palpaba una vitalidad cultural, política y económica regeneracionista que, en cualquier rincón del país, se reclamaba. Darío no oculta, en sus escritos, que, en España, existen individualidades dignas de elogio:

Así como el ansia de porvenir ha unido a los obreros catalanes con todos los de la Península en una misma mira y un mismo sentimiento, el deseo de vuelo y expansión comienza a unir a la intelectualidad libre catalana con la libre intelectualidad española, representada por admirables personalidades pertenecientes a todas las provincias, ligados así todos por la solidaridad del pensamiento y el propósito de olvidar pasados efectos y errores y colaborar en la misma tarea de bondad y de gloria (857),

pero es, en Cataluña, donde ya se respiraba la atmósfera de cambio necesario que llevaban a cabo “almas de excepción que miran las cosas con exactitud y buscan un nuevo rumbo en la noche general” (90). En la crónica citada leemos:

Al pasar, notáis un algo nuevo, extraño, que se impone. Es un fermento que se denuncia inmediato y dominante. Fuera de la energía del alma catalana, fuera de ese tradicional orgullo duro de este país de conquistadores y menestrales, fuera de lo permanente, de lo histórico, triunfa un viento moderno que trae algo de porvenir; es la [revolución] Social que está en el ambiente; es la imposición del fenómeno futuro que se deja ver; es el secreto a voces de la blusa y de la gorra, que todos saben, que todos sienten, que todos comprenden, y que en ninguna parte como aquí resalta de manera tan palpable en magnífico altorrelieve (27-28).

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

De ahí que, en cuanto llegue a Barcelona, perciba el alejamiento que se había ido produciendo a lo largo del siglo XIX entre una Cataluña industrial y burguesa y una España dominada aún por las oligarquías y sometida a políticas caciquiles. Así lo constata en sus artículos, cosa que le fue reprochada en más de una ocasión por esa misma España oficial de la época que no acababa de entender sus certeros análisis, porque, todo hay que decirlo, tampoco era capaz de entender lo que estaba pasando en Cataluña.

En estas circunstancias, a Rubén Darío España le desconcierta y Cataluña le atrae. En su *Autobiografía* (1912), recordando su visita de 1898, escribe:

Llegué a Barcelona, y mi primera impresión fue lo más optimista posible. Celebré la vitalidad, el trabajo, lo bullicioso y pintoresco, el orgullo de las gentes de empresa y conquista, la energía del alma catalana, tanto en el soñador que siempre es un poco práctico, como en el menestral, que siempre es un poco soñador. Noté lo arraigado del regionalismo intransigente y la sorda agitación del movimiento social, que más tarde había de estallar en rojas explosiones. Hablé de las fábricas y de las artes, de los ricos burgueses y de los intelectuales, del leonardismo de Santiago Rusiñol y de la fuerza de Àngel Guimerà, de ciertos rincones montmartrescos, de las alegres ramblas y de las voluptuosas mujeres (140-141).

Frente a esta Barcelona, una España en decadencia que prolongaba su declive histórico y cultural en un ambiente de “fanatismo religioso” (Ghezzani 79) y literatura de hoja parroquial y “mesa de café”:

En lo intelectual las figuras que antes se imponían están decaídas, o a punto de desaparecer; y en la generación que se levanta, fuera de un soplo que se siente venir de fuera y que entra por la ventana que se han atrevido a abrir en el castillo feudal unos pocos valerosos, no hay sino la literatura de mesa de café, la mordida al compañero, el anhelo de la peseta del teatro por horas, o de la colaboración en tales o cuales hojas que pagan regularmente; una producción enclenque y falsa, desconocimiento del progreso mental del mundo, iconoclasticismo infundado o ingenuidad increíble, subsistente fe en viejos y deshechos fetiches. Gracias a que estos escritores señaladísimos hacen lo que pueden para transfundir la sangre nueva, exponiéndose al fracaso, gracias a eso puede tenerse alguna esperanza en un próximo cambio favorable (Darío 45-46).

En plena crisis de fin de siglo, las élites políticas y económicas catalanas, ante el hundimiento del sistema político español, se estaban planteando ya la reconducción de su economía hacia la consolidación del capitalismo que la mayoría de los países europeos ya tenían o habían rebasado hacia el capital monopolista y, si, en un primer momento, la burguesía catalana había apoyado las políticas

de los gobiernos de España en las colonias americanas, enseguida vieron su inviabilidad y su ineffectividad en el sistema político de la Restauración. A nivel ideológico, esta clase dominante consideraba, además, que el desastre del 98, era el final de un espejismo, la idea de un imperialismo español en decadencia, aunque todavía hiciera su juego político en el interior y en el exterior del país. De ahí que, ante la falta de respuesta política y económica desde Madrid a sus reclamaciones regionales, la burguesía catalana acabara reorientándose ideológicamente hacia tesis nacionalistas, anteponiendo a la idea de una España nueva, la de una nueva Cataluña⁵. Sólo les faltaban los argumentos sentimentales y/o espirituales de la catalanidad que encontraron en las reivindicaciones que venían haciendo los eruditos e intelectuales catalanes desde el Romanticismo y que ya contaban con una plataforma pública e institucional, los *Jocs Florals*, con gran eco en la sociedad del XIX. La conciencia de modernidad se vinculaba, así, con la tradición, y la burguesía catalana, de la que la mayoría de artistas y escritores formaban parte, se erigía en su protagonista, abanderando la idea de una Cataluña entendida como una nación moderna que no olvidaba las esencias eternas e intangibles de la catalanidad. Que lo consiguiera, como ha demostrado la bibliografía citada en este trabajo, es cuestionable, pero, en ese momento, parecía que la ecuación ya estaba solucionada, lo que determinó “també uns canvis profunds en les dinàmiques culturals urbanes ja des de la dècada dels anys 60” (Martí, “Rubén Darío i Santiago Rusiñol” 276).

No es extraño, pues, que Rubén Darío simpatizara con las reivindicaciones catalanistas desde su primera visita a Barcelona en donde pudo constatar las aspiraciones de modernización, progreso, dinamismo, ciudadanía liberal y europeísta que conllevaban, como consecuencia, su distanciamiento con el resto de una España caracterizada por su inmovilismo (Martí, “Rubén Darío y la Cataluña contemporánea” 192). En su artículo sobre Barcelona del libro *Tierras solares* (1904) se preguntaba:

¿Existe el catalanismo? ¿Existe el odio que se ha dicho contra el resto de España? Yo no lo creo ni lo noto ahora. Existe el catalanismo, si por catalanismo se entiende el deseo de usufructuar el haber propio, la separación de ese mismo haber para salvarlo de la amenazadora bancarrota general, el derecho de la hormiga para decir a la cigarra: “¡Baila ahora!”, y la voluntad de mandar en su casa (Darío 857).

5 Cfr. Vicente Cacho Viu, “Proyecto de España en el nacionalismo catalán”, *Revista de Occidente*, n.º 97, 1989, pp. 5-24; Vicente Cacho Viu, *El nacionalismo catalán como factor de modernización*, Barcelona, Residencia de Estudiantes, 1998; Joan-Lluís Marfany, *La cultura del catalanisme*, Barcelona, Empúries, 1995.

Pero, más allá de los asuntos políticos, Barcelona era, para Darío, la música de Wagner, la filosofía de Nietzsche, los dramas de Ibsen o de Maeterlinck, la pintura de los prerrafaelistas ingleses o la poesía de los simbolistas franceses, en definitiva, la Europa cosmopolita de la que también se sentía parte. Así que, frente a “la innegable indigencia mental de nuestra madre patria”, el poeta ve la capital catalana como “un pequeño París. Sus artistas y escritores, genuinamente catalanes, están en contacto con todo el mundo. Esta tierra de hombres de labor material, vasto nido de menestrales, es también, sustentadora de fuertes cerebros, de aladas almas, de finas y sutiles imaginaciones” (855).

París era el “somni modern d’unes capitals –Buenos Aires, Barcelona– que per camins ben diferents troben no només el mirall sinó també, el que resulta més decisiu, el context a través del qual concretar els respectius projectes modernitzadors, culturals, ciutadans, polítics i nacionals alhora” (Martí, “Rubén Darío i Santiago Rusiñol” 283)⁶. De ahí que, en su *España contemporánea*, cuando, en 1899, Darío visite, en Madrid, la exposición inaugurada por la reina María Cristina escriba, lamentándose, que, salvo algún Fortuny o Sorolla, “¡Cuán lejos está París!”.

El europeísmo sistemático de Darío ya lo había subrayado, en 1888, Juan Valera, en sus famosas cartas del 22 y el 28 de octubre, a raíz de la publicación de *Azul*, en donde escribía sobre las influencias poéticas clásicas y modernas, hispánicas y europeas de Rubén Darío, sin dejar de sorprenderle que un joven poeta que no había salido aún de Nicaragua, salvo para pasar una temporada en Chile (Valera 270), fuera tan literariamente cosmopolita. En Cataluña, muchos de los que seguían su trayectoria poética, también lo destacaron, como se puede comprobar en la prensa catalana de la época. El 5 de diciembre de 1905, por ejemplo, en *La Vanguardia* (5/12/1907), Miguel Sarmiento escribía que Darío era “el padre de una literatura que había quebrantado la vieja poética tradicional”. Y aún, dos años después de su muerte, en 1918, el poeta mallorquín Miquel dels Sants Oliver, en un artículo del diario *La Almudaina*, recogido, más tarde, en su libro *Hojas del sábado*, decía que:

si hubiese aparecido en un país o raza de los que forman el primer plano de la civilización, si su instrumento lingüístico fuese uno de los tres o

⁶ No fue una casualidad que su *España contemporánea* estuviera editada precisamente en París, “detalle que algunos críticos españoles consideraron casi una impertinencia respecto al campo editorial y literario español” (Martí, “Rubén Darío y la Cataluña contemporánea” 188).

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

cuatro que comparten ahora los dominios de la verdadera internacionalidad, destacaría a los ojos del mundo todo, como una cumbre del espíritu moderno. Su reino poético no tiene fronteras; su inspiración no reconoce especialidades ni sufre limitaciones (Sants Oliver 201).

Esta atracción hacia lo europeo, en la que coincidieron los modernistas sudamericanos y catalanes, producirá, sin embargo, dos efectos aparentemente contradictorios. Por un lado, y como es obvio, la discrepancia con la literatura oficial española, pero, asimismo, el reconocimiento de la tradición de la que ellos, también, se sentían herederos. España seguía siendo, para todos, una caja de resonancia, “la brújula, la guía que indicaba si los caminos eran o no acertados” (Rodríguez y Salvador 81). Otra cosa es que quisieran renovarla, pero sin desdeñarla, adaptando “cualquier innovación que viniera de otras lenguas y de otras tradiciones extranjeras” (177) y reclamando su sitio como culturas autónomas en el panorama general de las letras hispánicas: “Nuestro modernismo –escribe Darío–, si es que así puede llamarse, nos va dando un puesto aparte, independiente de la literatura castellana” (Darío, III 305). El potente “Adéu Espanya” de Joan Maragall de 1898 (Maragall 174), por ejemplo, hay que leerlo desde esta perspectiva ideológica, pues no era otra cosa, en plena crisis finisecular, que una declaración de afirmación, en lo cultural y lingüístico, de la identidad catalana, pero no la ruptura con quienes, al otro lado del Ebro, aspiraban a las mismas medidas regeneradoras para España. No obstante, desgraciada y paradójicamente, esto fue lo que levantó más ampollas entre ciertos núcleos intelectuales españoles que no llegaron a comprender que la colaboración de los sectores culturales catalanes en la construcción de una sociedad burguesa y su influencia en la moral pública, si no con poder al menos sí con autoridad, era lo que ellos mismos habían venido reclamando desde el siglo XVIII (Cacho Viu 28-33).

En este sentido, son muy significativas las palabras de algunos de los grandes escritores españoles de la época, como Pérez Galdós que, en las cartas que se cruzó (8-XII-1884) con Narcís Oller, el referente del realismo en Cataluña, le espetaba, contundente, que era “tontísimo” que escribiese en catalán. “Ya se irán Vds. -escribe Galdós- curando de la manía del catalanismo y de la Renaixença. Y si es preciso, por motivos que no alcanzo, que el catalán viva como lengua literaria, deje V. a los poetas que se encarguen de esto. La novela debe escribirse en el lenguaje que pueda ser entendido por mayor número de gente. Los poetas que escriben para si mismos, déjelos V. con su manía, y véngase con nosotros” (Shoemaker 2). Desde esta misma perspectiva, se pueden entender los reproches que se le hicieron a Darío cuando se le tildaba de afrancesado, por-

que, aún escribiendo en castellano, se apartaba de la tradición común, es decir, de la identidad de lo español (Martí, “Rubén Darío y la Cataluña contemporánea” 189).

Estos argumentos, tan comunes en la época, respondían a una ideología asimilista muy generalizada en la España de entre siglos. No obstante, también hubo notables excepciones, como las de Clarín (Sotelo 64-72/116-125), el primer Unamuno de *En torno al casticismo* (1895-1902) o el *Porvenir de España* (1898) (Sotelo 227-245), o, como venimos diciendo, la del mismo Darío que nunca borró “la diferencia lingüística, que considera[va] clau, al costat de la industrial i obrera” (Martí, “Rubén Darío i Santiago Rusiñol” 292), como uno de los fundamentos a partir de los cuales se construía la nueva literatura catalana con la que se sentía tan identificado. Así, en *Tierras solares*, escribe que el rico ambiente barcelonés era “todo en catalán. Pues son raros los que, como el noble poeta Marquina, prefiere vestir de castellano sus ideas. La juventud –brava ‘joventut’– cultiva su campo, siembra su semilla. Alza, construye su torre en el limitado cerco en que se oye su lengua; pero desde lo alto de la torre ve todos los horizontes” (Darío, III 856),

Había, además, algo muy importante que unía a Darío con los escritores de Cataluña y era que el joven núcleo intelectual que se había reunido primero en torno a la revista *L’Avenç* y, poco después, en las *Festes Modernistes*, organizadas por Rusiñol en Sitges, se reconocían como “modernistas”, es decir, no sólo en la misma “afinitat estètica” (Martí 284), sino también en el mismo afán de ruptura y modernidad. A veces se ha dicho que el modernismo catalán se adelantó al hispánico. En realidad, eso no tiene importancia, lo que la tiene es que, ante la crisis del sistema y de la ideología positivista que lo había sostenido, ambos modernismos se propusieron renovar, en español o en catalán, el lenguaje artístico, porque como había dicho Rusiñol, en una entrevista para *La Voz de Sitges* el 13 de enero de 1895, “el brote de hoy llega cansado de abusos de naturalismo y busca espiritualidad”.

Las nuevas obras que causaban extrañeza o incluso rechazo, que “no enseña[ba]n nada ni trata[ba]n de nada, pasatiempos de mera imaginación” que decía Valera de *Azul* de Darío (Valera 274); libros que “no cabe decir de que se trata, porque, en rigor, no ‘tratan’ de nada” según escribió Unamuno cuando leyó las *Oracions* de Rusiñol; que se podían cortar en múltiples pedazos, “completamente inextractables que no recordaban a ningún poeta español, ni antiguo, ni de nuestros días” (Unamuno 483), lo que venían a demostrar era que algo estaba cambiando. Como había escrito Rusiñol:

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

La paraula és sols per parlar amb els homes, per fer-te entendre en la terra; però per moure i encendre les fibres de l'emoció, per expressar lo intangible, lo incorpori, lo que vaga o lo que vola, per definir els sentiments que tremolen sense forma, les aspiracions boiroses a un més enllà disfumit, l'exaltació de la fe i la set de l'ideal; per treure's del fons del cor lo que el cor sent sense forma, lo que desitja i sospira, lo que el commou i l'alena; per a parlar sense paraules, per parlar amb els déus i els àngels, sols el cant pot dirigir-s'hi amb sa vaguetat suprema, ja que el cant de veu humana, no avergonyint-se de dir lo que passa en l'esperit, vibrant del fondo de l'ombra, és l'expressió de les ànimes i és el llenguatge que parlen dintre la presó de l'home (Rusiñol 19).

Los poemas de Darío, en la misma línea hipersensible y de medios tonos, cultos y refinados, de estilo cadencioso y musical, como, por ejemplo, las *Oracions* (1897)⁷ de Rusiñol, treinta y dos prosas poéticas dedicadas “a tots aquells elements naturals, humans i abstractes que simbolitzaven els valors artístics, poètics, espirituals en definitiva, en vies de desaparició o relegats a un segon terme en uns temps caracteritzats pel materialisme i la prosa” (Casacuberta 199), despertaron su admiración: “Rusiñol es un traductor admirable de la naturaleza, cuyos mudos discursos interpreta y comenta con una prosa exquisita o potente, en cuentos o poemas de gracia y fuerza en que florece un singular diamante de individualidad” (Darío, III 35).

Ante la vulgarización del pensamiento y la entronización del dios dinero y el modelo norteamericano, ante esa “apocalipsis que mataba el Ideal” (Ghezzani 84), los modernistas buscaron en el Arte la respuesta como la única manera para salir de la crisis en la que se veían inmersos. De ahí que cuando Darío realice su primer viaje a Mallorca en 1906, siguiendo la estela de otros muchos artistas desde el Romanticismo europeo, la visita devenga fundamental para entender la nueva literatura que él, entre otros, está protagonizando.

Invitado por Gabriel Alomar, a quien había conocido en Madrid, que lo admiraba como uno de los grandes líricos en español junto a San Juan de la Cruz y Fray Luís de León, Darío, en la isla, recrea un espacio mítico-literario en donde retornará a sus raíces estéticas y espirituales.

Acompañado de Francisca y su hermana María, además de una sirvienta llamada Genoveva, se instala en una casa en la zona de El Terreno mallorquín, con la intención de alejarse del tráfico social

⁷ Cfr. Lourdes Sánchez Rodrigo. *Oracions a la natura. La prosa poètica de Santiago Rusiñol*. Sitges, Grup d'Estudis Sitgetans, 1992.

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

de la gran ciudad en busca de la paz y serenidad mediterránea, así como de reponerse de sus excesos, aunque, parece ser, que también huyendo de “la persecución de su esposa, Rosario Murillo, que le exigía arreglos sobre su fracasada vida conyugal, y un poco celosa, probablemente también, de las relaciones de Darío con Francisca Sánchez” (Macaya 494):

De vuelta a París fui a pasar un invierno a la Isla de Oro, a la encantadora Palma de Mallorca –escribe en su Autobiografía. Visité las poblaciones interiores; conocí la casa del archiduque Luís Salvador, en alturas llenas de vegetación de paraíso, ante un mar homérico; pasé frente a la cueva en que oró Raimundo Lulio, el ermitaño y caballero que llevaba en su espíritu la suma del Universo. Encontré las huellas de dos peregrinos del amor, llamémosles así: Chopin y George Sand, y hallé documentos curiosos sobre la vida de la inspirada y cálida hembra de letras y su nocturno y tísico amante. Vi el piano que hacía llorar íntima y quejumbrosamente el más lunático y melancólico de los pianistas y recordé las páginas de “Spiridion” (Darío, I 166).

Pero, a pesar de sus propósitos de descanso y aislamiento, “(incluso había decidido cambiar temporáneamente su nombre con el de ‘Nebur Darío’) la actividad literaria de Rubén Darío en Mallorca se hace enseguida intensa, al mismo tiempo que se van poco a poco intensificando también sus relaciones con el mundo cultural de la isla” (Polidori 701). Además de los poemas “Romance a Rémy de Gourmont”, “La canción de los pinos”, “Sueños”, “Vesper”, “Revelación”, “La epístola a la Señora de Leopoldo Lugones” y otros muchos que, un año después, reunirá en su poemario *El canto errante* (1907), escribe la novela *La isla de oro* (1906), publicada por entregas en el diario *La Nación*. Darío seguía la tradición de otros escritores que, en el siglo XIX, habían llevado a cabo este tipo de libros en los “que se confunden la novela, el diario intimista y la crónica de viajes” (Darío, *La isla de oro* 53), pero influido, sobre todo, por la obra *Un hiver à Majorque* de Georges Sand. Los amigos mallorquines acogieron con mucha satisfacción el texto de Darío. Después de las conocidas páginas escritas por George Sand para la *Revue des deux mondes* en 1841, erróneas e injustas al parecer de Gabriel Alomar, vieron que la defensa del poeta era lo que mejor podía contrarrestarlas. Contra tal atacante, tal defensor (Oliver Belmas 292). En una carta, fechada el 21 de agosto de 1907, Alomar le agradecía su trabajo: “en los artículos de esa Isla de oro, Mallorca es verdadera protagonista de todos ellos, y el libro constituye una visión nueva de Mallorca: la Mallorca de Rubén Darío, como tenemos la de Rusiñol, la de Georges Sand y la de Mir” (Ghiraldo 202).

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

Hoy, con la perspectiva histórica necesaria, se puede asegurar que la novela de Georges Sand no se alejaba mucho de la realidad mallorquina. La Mallorca de la época fue de una “mentalitat anacrónica” hasta, al menos, la década de 1880 (Pons 112) y, en las dos ocasiones que Rubén visitó la isla, era un “cos social incapaç d’identificar-se amb aquell impuls de civisme i cultura i d’apropiar-se’l i donar-li vida” (112). Esta desolación quedó bien manifestada en una de las cartas que el intelectual mallorquín Juan Sureda envió a Jorge Guillén, fechada en Valldemosa el 10 de diciembre de 1922, en donde además de explicarle, pormenorizadamente, la estancia del poeta nicaragüense, añadió:

Mallorca es una pequeña isla e isla de calma ‘de la calma’ como ya se decía antes de que Rusiñol escribiese su libro. Además reina en esta tierra un espíritu terrible de baja mediocridad, un groserísimo materialismo y la única preocupación de su gente es vivir teniendo asegurado el pan cotidiano y las comodidades fisiológicas (...) Causa espanto lo bajo que se hallan aquí las cosas de civilización y cultura (Bosch 410).

No obstante, la reducida intelectualidad de la isla, que, en aquel momento, protagonizaba “un període especialment fecund i brillant” (Pons 108), al verse honrada con la visita de Rubén Darío, famoso y celebrado poeta, quiso devolverle el favor de que hubiera elegido Mallorca para establecerse una larga temporada, prácticamente todo el invierno de 1906 a 1907. Así que, nada más llegar, lo reclaman desde los diferentes círculos culturales, lo homenajean, escriben artículos sobre su figura y su obra en la prensa de la época (Darío, *La isla de oro* 37-42) y los grandes poetas mallorquines, Miquel Costa i Llobera, Gabriel Alomar, que le dedica sus únicos versos en castellano, Mario Verdaguer, autor de otra *Isla de oro*, Miquel dels Sants Oliver, Joan Alcover, “en esos meses el gran anfitrión de Darío” (Darío 45), lo acompañan en sus excursiones y colaboran, entusiasmados, en darlo a conocer.

Ante tanto agasajo, ¿cómo no reunirse con los miembros de la llamada *Cofradía de la Belleza*, creada, entre otros, por los pintores John Sirgent Sargent, Joaquim Mir, Anglada Camarasa, su admirado Santiago Rusiñol, el “*catalán de seda*”, que aparece en su novela *La isla de oro* como el poeta-pintor Jaime Flor? ¿Cómo no leer a los escritores de la *Escola Mallorquina*, arraigados en la tradición clásica y con una honda preocupación por la palabra poética, tan formal y depurada como la del propio Darío; o tratar a eruditos, como Juan Sureda i Bimet –Luís de Arosa en *La isla de oro*– y su mujer la pintora modernista, discípula de Sorolla, Pilar Montaner, con quienes estableció una estrecha relación? (Bosch 9-10).

Darío visita las calas, los rincones de Sòller, Pollença o Deià, los monumentos mallorquines y el palacio del rey Sancho de Valldemosa en donde vivía el matrimonio Sureda, y en donde él mismo se alojara en su posterior viaje a la isla en 1913, y, a pesar de sus primeros propósitos, no se aísla de nada ni de nadie. Inmerso en una naturaleza forjada a lo largo de dos mil años y que resumía “una historia de siglos y el tránsito de toda una cultura” (Macaya 499) con la que él se identifica, interioriza los clásicos paisajes mediterráneos, que le nutren de Arte y de Belleza, y escribe poemas como “La epístola a la Señora de Leopoldo Lugones”:

Hay en mi un griego antiguo que aquí descansó un día
después que le dejaron loco de melodía
las sirenas rosadas que atrajeron su barca.
Cuanto mi ser respira, cuanto mi vista abarca,
es recordado por mis íntimos sentidos:
los aromas, las luces, los ecos, los ruidos,
como en ondas atávicas me traen añoranzas
que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas
(Darío, V 1028-1029).

Son días en los que también lee *Els Jardins d’Espanya* (1903) de su admirado Rusiñol y no es casualidad que entre ésta y su novela *La isla de oro* (1906) encontremos evidentes semejanzas literarias, sobre todo en las descripciones impresionistas de los paisajes, hasta el punto de que el poeta dio el mismo título, el de *Jardines de España*, al segundo capítulo de su obra. Como tampoco lo fue que utilizara el símbolo del oro: “En ninguna parte he visto mayor triunfo de la magnificencia solar y mayor derroche de oro, de oro del cielo, de oro homérico”, con el mismo sentido que lo había hecho Rusiñol en la prosa poética dedicada *Al sol* de sus *Oracions* (1897): “Pots allí fora, com immensa foguera, caldejar la serra i daurar les muntanyes; pots besar els núvols rojos i pintar les ruïnes de colors de claror, omplir de flors els prats i les carenes; pots encendre la terra” (Rusiñol 11). El oro simbolizaba la luz de la naturaleza (Darío, 2001 60-63) que, en la obra de ambos escritores, adquiriría una función trascendente. Contra la vulgaridad y el prosaísmo, como decía Rusiñol, Darío, en Mallorca, “levanta el estandarte del idealismo recuperando el valor de la latinidad en un sentido de apertura y dinamismo (y no de autorreferencialidad y decadencia)” (Ghezzani 85-86).

Mallorca, en fin, potenció en el poeta americano su actividad artística de manera “casi febril, de estudio y de producción litera-

ria” (Macaya 491) y, como ya he dicho, le inspiró un buen número de versos, en los que Darío hizo un ejercicio literario de retorno a la Naturaleza, no sólo de manera física, sino, sobre todo, espiritual. A su vez, la presencia de Darío, dejó huella entre los poetas y amigos mallorquines. En 1946, Juan Sureda, recordaba las visitas del poeta que “con todo su estro, cadencia ideal, en aquellas horas menguadas de pobreza poética y mediocridad mental, se nos aparecía un gran revolucionario” (Sureda 3-4/16). En el banquete de despedida que se le ofreció, el día antes de su partida, en el Círculo Conservador, al que asistieron más de cincuenta personas, se leyeron en su honor poemas en español y en catalán, como recogen las crónicas del acto que aparecieron, simultáneamente, el 3 de marzo de 1907, en los diarios *La Almudaina*, *La Última Hora* y *el Diario de Palma* (Sureda 43; Darío, 2001 48-52), entre los cuales hay que destacar el de Joan Alcover titulado *L’hoste* (Alcover 28-30). Traducido al español en 1912 por su fervoroso admirador barcelonés Alfons Maseras, que le había dedicado, años antes, un soneto, en francés, para la revista *Mundial* (Oliver 65), en una carta que le dirige le pide que revise la versión española del poema de Alcover (Quintián 614) que simbolizaba en la figura de Darío la nueva estética moderna (Díaz-Plaja 31):

És com una pluja que refresca l’arbre
de la poesia; nou Pigmalió
que torna a la nimfa d’entranyes de marbre
moviment i vida i palpitació.

Darío había pasado casi cinco meses en ‘la isla de oro’ cuando decidió poner rumbo a París vía Barcelona. La estancia en Mallorca, este 1906, año crucial en la literatura catalana, en el que los jóvenes *noucentistes*, movilizados bajo la bandera de la *Solidaritat Catalana*, el ideario nacionalista de Enric Prat de la Riba, la intensa ascendencia cultural de Eugeni d’Ors, *Xénius*, que acababa de iniciar sus colaboraciones periodísticas en *La Veu de Catalunya*, y la influencia literaria del poeta mallorquín Costa i Llobera, que, ese mismo año, publicaba su poemario *Horacianes*⁸, libro que señalaba el camino de la nueva poesía catalana, por su dominio del idioma, su clasicismo, mediterraneísmo, la culturización de la Naturaleza y el retorno a las propias raíces⁹, fue para Darío no sólo el hallazgo de

⁸ *Horacianes i altres poemes*. Barcelona, Edicions 62 i “La Caixa”, 1982; *La veu de l’inefable* [Antologia poètica de Miquel Costa i Llobera]. Barcelona, La Magrana, 1999.

⁹ Cfr. Miquel Batllori. *La trajectòria estètica de Miquel Costa i Llobera*. Barcelona, Barcino, 1955; Jordi Castellanos.

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

un paisaje literario pleno de símbolos culturalistas y de historia de una civilización de la que él también se sentía heredero, y que ahora lamentaba dejar atrás como escribe en la “Epístola a la Señora de Leopoldo Lugones”, sino, sobre todo, la constatación del cambio de rumbo que se estaba produciendo en la literatura en España:

¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas
costas antes de que las prematuras canas
de alma y cabeza hicieran de mí la mezcolanza
formada de tristeza, de vida y esperanza?
¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!
¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,
al sentir como en un caracol en mi cráneo
el divino y eterno rumor mediterráneo
(Darío, V 1028).

Volverá a Mallorca en 1913, porque sus visitas a España y, en concreto, a Barcelona, donde incluso se instalará largas temporadas, siguieron siendo frecuentes. El 27 de abril de 1912 *La Vanguardia* anunciaba la llegada del poeta a la capital catalana para pasar unos días. Esta vez lo traía a Cataluña una gira promocional de la revista *Mundial Magazine*. Le reciben en la estación de la ciudad condal, entre otros, Pompeu Gener, Rubió i Lluch, Eugeni d’Ors y algunos de sus amigos mallorquines como Miquel dels Sants Oliver, además de una comisión de la Casa de América y cónsules sudamericanos (*La Vanguardia*, 29/IV/1912). Las jornadas son frenéticas. Reinicia su amistad con Rusiñol, con quien visita Sitges y, por fin, el *Cau Ferrat*; le rinden diversos homenajes, uno de ellos en el Ateneu barcelonès, organizado por la misma Casa de América, con gran solemnidad y amplia concurrencia, durante el cual Miquel dels Sants Oliver recita el poema *L’hoste* de Joan Alcover. En este acto, Darío da a conocer el *Canto a la Argentina* y vuelve a expresar su admiración por las letras catalanas:

Bendecido sea el instante, dijo, en que me complazco en dar gracias a la excelencia catalana. La elocuencia sabia y comprensiva de Rahola, la gentileza del gran artista que es Santiago Rusiñol, las frases encantadoras de la condesa de Castellá, la duplicada lírica bondad que me ha hecho encontrar juntos los nombres de Juan Alcover, el poeta mallorquín, y Miguel Santos Oliver, las estrofas de mi noble y genial amigo Bazil, el aplauso inapreciable de esta juventud intelectual, y todo

“L’Escola Mallorquina”. *Història de la literatura catalana* de Riquer/Comas/ Molas, Barcelona, Ariel, 1986, vol.8, pàgs. 325-277; Miquel dels Sants Oliver, *La literatura en Mallorca*, Barcelona, Departament de Filologia Catalana i Lingüística General de la UIB i Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1988, pp. 183-234; Josep M.Llompert. *La literatura moderna a les Balears*. Palma de Mallorca, Ed. Moll, 1989; Maria Antònia Perelló. “Introducció i comentaris a *La veu de l’inefable*”. Barcelona, La Magrana, 1989.

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

lo que Barcelona generosamente me ha manifestado me hacen decir la gratitud y la promesa de un recuerdo inolvidable. Y en este momento cuando en esta “Casa” que no es solamente de América sino que es de España, o más bien dicho, que es la casa de las Españas, quiero agradecer a quien es un antiguo amigo y un hombre ilustre, las palabras que acaba de pronunciar a mi respecto. Todo el mundo mental sabe quien es Pompeyo Gener y bastaría el solo nombre de Litré para abrir en una de sus obras una puerta de gloria (La Vanguardia, 3/5/1912).

Sin embargo, su estado mental y físico empeora y decide aceptar la invitación que le había hecho el matrimonio Sureda en París, en donde habían coincidido, y trasladarse, de nuevo¹⁰, a la ‘isla de oro’.

El 16 de octubre de 1913 el vapor *Miramar* atraca en el puerto mallorquín. Lo espera en el muelle Sureda, su amigo y protector durante esta segunda estancia en la isla. Patriarca tranquilo, tradicional, católico y amante del arte, que Darío describe como “el castellano de gentiles maneras y de humor excelente, ágil y fuerte, aunque algo enjuto de cuerpo, de conversación culta como correspondía al letrado que era, amigo de referir anécdotas, recuerdos y sucedidos, aficionado a las artes y a las letras y gustador de las obras musicales de su amigo...” (Darío, *Autobiografía* 138), Sureda va a ser una pieza clave en este viaje. Con él inicia una amistad entrañable. No sólo lo aloja en su casa-palacio de Valldemosa como acostumbra a hacer con todos los artistas e intelectuales que pasan por la isla (Bosch/Quadrado 253) y le abre su interesante biblioteca, en donde Darío se adentra en la sabiduría milenaria mediterránea desde antes de los tiempos de Ramon Llull¹¹, sino que, sobre todo, intenta curarlo, física y espiritualmente, en un entorno familiar y profundamente religioso, aunque con poca fortuna.

Darío cree que Mallorca puede hacer el milagro de salvarle de otra recaída y que el mar latino le devolverá la fuerza que su alma necesita (Hamilton 556). Así que, cansado y enfermo, peregrina por la isla “con la esperanza de que pronto el aire y la tierra encantada de Mallorca, y la bondad de los amigos en cuya mansión había de hospedarse, en una región sana y deliciosa, y el ejercicio, y sobre todo la paz y la tranquilidad, y el alejamiento de su vivir agitado de

¹⁰ No obstante, en *La Vanguardia* de Barcelona con fecha de 21 de septiembre de 1913 se lee la nota siguiente: “También llegó en el mismo vapor el ilustre poeta Rubén Darío, que ha pasado unos días en Valldemossa”. O se ha ido incidiendo en el error de las fechas hasta nuestros días, o se trata de otro posible viaje que pudo hacer Darío a la isla, del que no sabemos cuánto tiempo se prolongó. En todo caso, nunca se ha reseñado.

¹¹ Ramon Llull ya aparece en su libro *Azul* (1888), en el cuento titulado “El rubí”.

Francia, habían de devolverle la salud, el deseo de vivir y de producir, el reconfortamiento del entusiasmo y de la pasión por su arte” (Darío 140).

Es, en esta nueva visita, cuando comienza a escribir una segunda novela, inacabada como la anterior¹², titulada *Oro de Mallorca*. En los seis capítulos que fue enviando para su publicación en *La Nación* de Buenos Aires entre el 4 de diciembre de 1913 y el 13 de marzo de 1914, Darío nos deja un fiel relato de su vida y de sus entusiasmos en esos días:

La salud de Benjamín –trasunto del propio Darío– había mejorado mucho. El alejamiento del bullicio, del ruido parisiense, la supresión de las preocupaciones, de las tensiones nerviosas que se producen en los conflictos íntimos o en la agitación de la lucha por el dinero (...); la ausencia de los ruidos y clamores de la urbe vibrante de continuo; la paz, en cambio, de la villa pequeña en que reponía sus energías, del valle apacible; la amable y serena vecindad del mar, los alientos de la montaña, (...); las ascensiones a las montañas circundantes, a las próximas colinas (...); el trato con gente ponderada y señoril que se complacía en hacerle las horas gratas (...), todo eso le había hecho recobrar fuerzas, ánimo, deseo de vida y de producción, sin necesidad de la ficticia euforia de los excitantes y con una visible renovación de su sangre, de sus músculos, de su casi perdido optimismo (172).

Estas páginas, en prosa, una autobiografía íntima donde “intercala al plano histórico la intimidad de la historia” (Darío X), fueron publicadas por primera vez en 1967 por Allen W. Philipps en la sección de Documentos de la *Revista iberoamericana* (Phillips 461-492). En el trabajo adjunto, Phillipps explicaba el tortuoso camino que había recorrido el manuscrito. Por el investigador americano sabemos que Darío, en una carta a Julio Piquet (13-10-1913), había dicho que la pensaba ir enviando a *La Nación*, en cuatro partes, como ya había hecho antes con *La isla de oro*: “He comenzado una novela, o especie de novela, para *La Nación*, que envío a modo de mis correspondencias, esto es, cuatro partes por mes. Pasa aquí. Quizá convendría que usted escribiese diciendo que, si quieren, no la publiquen hasta que no hayan recibido el final. Yo iré enviando el material, y concluiré en mes y medio o dos meses” (Ghiraldo 297).

12 A pesar de que él mismo la considere lista: “...sobre todo aquel oro de Mallorca, escribí una novela en los días de mi permanencia en esa tierra de Lulio. Los atraídos por mi vagar y pensar tendrán en esas páginas de mi *Oro de Mallorca*, fiel relato de mi vida, y de mis entusiasmos en esa joya mediterránea” (Darío, *Autobiografía* 129). Y, en los mismos términos, en una carta a Julio Piquet (Barcelona 8-I-1913) escribe: “ya sabe usted que para reposar me puse, en Mallorca, a escribir una novela...” (Ghiraldo 296).

Pero lo cierto es que el poeta no la acabó debido al estado de crisis en el que se encontraba¹³. Sin embargo, según otro investigador americano, Ivan Schulman, hay evidencias epistolares de que la novela iba avanzado hasta el punto de asegurar que no es una novela inconclusa, porque, a pesar de no tener el texto completo, sí se han encontrado los elementos necesarios “para insistir sobre la integridad de esta narración rubeniana” (Schulman 251) por una nota de puño y letra de Darío que habla de una tercera parte de *Oro de Mallorca*, de 19 páginas manuscritas con fecha de 30 de junio de 1914, publicado en *La Nación*, y que el propio Schulman transcribe en su estudio (252). Esto vendría a demostrar, sigue diciendo Schulman, que Darío continuó enviando capítulos al diario después de terminar la primera y la segunda parte y que, si no se publicaron, fue o porque los lectores perdieron interés o “porque los dueños del periódico, de ideas muy conservadoras, optaron por suprimir las entregas de la Segunda y Tercera Partes porque en ellas Benjamín Itaspes, el agonista de la novela y alter ego del creador, da rienda suelta a sus dudas sobre la religión y formula conceptos poco ortodoxos sobre la relación entre música, las artes, Dios y el ser humano” (252-253).

Aunque en el momento de su aparición la novela no fue muy bien recibida por algunos críticos: “estas páginas no valen casi nada literariamente y corresponden a un bajo punto de tensión estilística. Sólo en determinados momentos descriptivos se revela, fugazmente, el conocido talento del Darío prosista”, como mucho es un «corolario de su obra en verso” (Phillips 455-456), por lo que, hasta la fecha, conocemos de ella, concluimos con Schulman que, aun siendo una narración heterodoxa y anárquica, es también “una novela de orígenes, narración de memorias, de dudas metafísicas y de conflictos psíquicos del sujeto moderno –Benjamín Itaspes–, artista que busca afirmarse, o al menos situarse en el universo metamórfico decimonónico, novela, en fin, cuyos códigos se generan y se inscriben en otros textos de la vanguardia del modernismo hispanoamericano” (Schulman 249). Es decir, en la misma línea de ruptura de las normas de la novela realista que ya había llevado a cabo el modernismo catalán y otras literaturas europeas.

13 “De *Oro de Mallorca* únicamente se conservan los seis capítulos que Rubén Darío publicó en la *La Nación* de Buenos Aires, entre 1913 y 1914. De ellos, hasta hace bien poco, sólo han sido conocidos parcialmente el I, IV y VI. Aunque la obra no fue concluida, siguiendo los capítulos de la *La Nación*, se publican en Mondadori porque registran vitalmente el ánimo de Rubén Darío y porque aclaran, por voluntad del poeta, determinados temas que habían sido eludidos en la *Autobiografía*” (Darío, *Autobiografía* VII).

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

En Mallorca, poco a poco, Darío pareció reencontrarse con su estabilidad emocional y con la poesía. Pero, a pesar de sus esfuerzos y los de sus amigos, su salud volvió a quebrarse. El poema *La Cartuja*, dedicado a Pilar Montaner, “lleno de paralelismos ideológicos con el capítulo IV de *Oro de Mallorca*” (Oliver 310), es una buena muestra del estado de angustia existencial en el que vivía. Que su anfitriona, ante tal situación, quisiera devolverle la paz espiritual dejándole el hábito de cartujo con el que su marido, Juan Sureda, quería que lo amortajaran cuando llegara el día de su muerte, tampoco ayudó. El famoso cuadro de Vázquez Díaz (1914) de un Darío vestido de cartujo, así como las fotos y los diversos dibujos que le hizo la propia Pilar Montaner con semejante atuendo¹⁴, con el que se paseó por la isla, nos revelan el rostro desasosegado de su desequilibrio interior.

En estas circunstancias, el 27 de diciembre, tras unos días de miedos y delirios alcohólicos, Darío, enfermo de cuerpo y alma, después de casi tres meses en Mallorca, decide partir, precipitadamente, hacia Barcelona (Bosch 26), en el vapor *Balear*. Por carta, Sureda anuncia a Mario Verdaguer la inminente llegada del poeta y el estado en el que se encuentra.

En Barcelona, Darío se instala en el número 16 de la calle Ticià del barrio de Els Penitents, donde aún se conserva una placa en la fachada de cuando se le rindió un homenaje en el centenario de su nacimiento, en 1967. Trabaja en el Ateneo. Frecuenta tertulias, cabarets, espectáculos teatrales y cafés como el desaparecido café Continental, adonde también iba a menudo Rusiñol, con quien compartía mesa, y que vio enseguida la profunda crisis física, moral y económica por la que estaba pasando su amigo americano (Mallo 41). El 12 de enero de 1914, en una cena de homenaje al artista catalán, Darío se presentó inesperadamente. Rusiñol hizo que se sentara a su lado y Rubén, en un estado de extrema fragilidad, leyó una cuarteta que había escrito para aquella ocasión:

¡Gloria al gran catalán que hizo a la luz sumisa
–jardinero de ideas, jardinero de sol–,
y al pincel y a la pluma, y a la barba y a la risa
con que nos hace alegre la vida Rusiñol!

Parece ser que los aplausos atronaron en la sala y se levantó la expectación entre los asistentes que pensaron que el poeta continuaría

¹⁴ Sólo unos bocetos, a pesar de que siempre quiso “fer-li un retrat mai no aconseguit per la dificultat de pintar l’ànima i no el cos del personatge” (Bosch 394).

recitando, pero Rubén no pudo seguir. Su debilidad física y psíquica, agravada por los acuciantes problemas económicos al no encontrar una ocupación laboral, como publicista o gestor en alguna institución de la Barcelona *noucentista*, además del estallido de la Primera Guerra Mundial que le causó un gran temor, lo llevaron, de nuevo, a abandonar España. El 25 de octubre de 1914, dejando atrás, en su huida, a su familia, emprendió viaje a los Estados Unidos. La capital catalana lo despedía en la primera escala de su última y definitiva travesía.

La estancia barcelonesa había estado, no obstante, plena de buenos momentos. Acompañado de sus fieles amigos de otro tiempos, Miquel dels Sants Oliver, Rusiñol, Pompeu Gener, a los que se unían en esa ocasión los jóvenes Eugeni d'Ors, *Xènius*, Joaquim Montaner, Josep Maria de Sagarra, que escribirá sobre su amistad con el poeta años más tarde en sus *Memòries* (1954) (Sagarra 130), o el crítico catalán de *La Vanguardia* Alexandre Plana, todos reconocieron, como hizo este último en los artículos que le dedicó (*La Vanguardia*, 21/I/1915 y 16/II/1916), “el lugar central de Rubén como forjador de una lengua poética que tiene como correlato esencial la música (...) poesía y música amalgamadas hacia ‘el divino impulso’ que eleva, trasciende y embellece todas las realidades que toca” (Sotelo 448-462).

En Cataluña, y en toda España, se lloró su muerte en 1916 y se valoró siempre lo que su poesía había significado para las letras hispanicas. En ocasiones se ha escrito que Darío no llegó a influir sobre la poética de los escritores catalanes de Mallorca y Barcelona de fin de siglo, si acaso entre las nuevas generaciones de la centuria siguiente, d'Ors, Sagarra, Maseras, Carner, que “vieron en Darío una figura deslumbradora a pesar de la notoria resistencia en aceptar los modelos procedentes del castellano, que caracterizaba el catalanismo cultural del momento” (Díaz-Plaja 31). Por el contrario, Mallorca y Cataluña le dictaron a él bellos poemas y páginas en prosa. Como escribió Oliver Belmas “pocas veces el espíritu de Darío se ha mostrado tan diáfano y lúcido como en Mallorca” (Oliver Belmas 285), más pagano y formalista en su primera estancia, más panteísta en 1913. Pero lo que, a mi parecer, es innegable es que, con su presencia, ayudó a establecer unos fuertes vínculos entre dos culturas que coincidieron en la creación de una nueva estética, que se salía de los cánones usuales, transportándoles al Ideal, como el mismo Darío escribió en su *Historia de mis libros* (Darío, I 196-203), y que ponía el Arte al servicio de la transformación de la realidad, algo por lo que

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

habían luchado modernistas como Rusiñol desde la década de los noventa del siglo XIX y que, en Cataluña, en los primeros años del siglo XX, se materializó en una empresa político-cultural, el *Noucentisme*, con una importante repuesta popular¹⁵.

¹⁵ Este artículo es una revisión actualizada de los ss. trabajos: Sánchez Rodrigo, Lourdes. "Rubén Darío a Mallorca". Randa, 36, Barcelona, Curial Edicions Catalanes, 1995, pp. 71-80; Sánchez Rodrigo, Lourdes. "Rubén Darío y el Modernismo catalán". Darío a diario. Rubén y el Modernismo en las dos orillas. Ángel Esteban (coord.), Granada, Universidad de Granada, 2007, pp. 295-314.

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

Bibliografía:

Alcover, Joan. *Obres completes*. Barcelona, Selecta, 1951.

Bosch, Carme/Quadrado, Perfecto-E. “Joan Sureda Bimet: una cultura centrífuga”. *Caligrama. Revista Insular de Filología*, V. 2, 1986, pp. 249-259.

Bosch, M^a del Carme. “Rubén Darío a Mallorca”. *Amèrica l'altra història de les Balears*, Col·lecció de Balears i Amèrica, 11, Palma, 1992, pp.11-18.

Bosch, M^a del Carme. “La segona estada de Rubén Darío a Mallorca. Catorze respostes de Joan Sureda a Jorge Guillen”, *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana: Revista d'estudis històrics*, 52, Palma, 1996, pp.393-412.

Cacho Viu, Vicente. *Repensar el 98*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

Casacuberta, Margarida. *Santiago Rusiñol: vida, literatura i mite*. Barcelona, Curial i Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997.

Darío, Rubén. *Obras completas*. Madrid, Afrodisio Aguado, 1950.

Darío, Rubén. *Autobiografía. Oro de Mallorca*. Introducción de Antonio Piedra, Madrid, Ed. Mondadori, 1990.

Darío, Rubén. *La isla de oro. El oro de Mallorca*. Precedido de “Los viajes de Rubén Darío a Mallorca” por Luís M. Fernández Ripoll. Prólogo de Cristóbal Serra, La Foradada, Palma, Olañeta Ed., 2001.

Darío, Rubén. *España contemporánea*. Edición de Noel Rivas Bravo, Sevilla, Renacimiento, 2013.

Díaz-Plaja, Guillermo. *Al filo del Novecientos. Estudios de intercomunicación hispánica*. Barcelona, Planeta, 1971.

Ghezzi, Alessandra. “Apocalipsis de la madre patria: la decadencia de la Europa de finales del siglo XIX en las ‘crónicas’ de Rubén Darío”. *Altre Modernità. Rivista di studi letterari e culturali*, número extraordinario, 1, 2013, pp. 74-88.

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

Ghiraldo, Alberto. *El archivo de Rubén Darío*. Buenos Aires, Losada, 1943.

Macaya, Enrique. "Rubén Darío en Mallorca". *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 212-213, agosto-septiembre, 1967, pp. 490-505.

Mallo, Jerónimo. "Rubén Darío en Barcelona durante su último viaje a España (mayo-octubre de 1914)". *Revista Hispánica Moderna*, año 11, n.º 1/2 (Jan.-Apr.), University of Pennsylvania Press, 1945, pp. 37-47.

Maragall, Joan. *Obres Completes* (V.I). Barcelona, Selecta, 1960.

Marfany, Joan Lluís. *Aspectes del Modernisme*. Barcelona, Curial, 1990.

Martí Monterde, Antoni. "Rubén Darío y la Cataluña contemporánea". *Iberomania*, 80, 2014, pp. 186-200.

Martí Monterde, Antoni. "Rubén Darío i Santiago Rusiñol: política i periodisme literari en la Barcelona modernista". *Catalan Review*, XXX, 2016, pp. 275-304.

Oliver Belmas, Antonio. *Este otro Rubén Darío*. Barcelona, Aedos, 1960.

Phillips, Allen W. "El oro de Mallorca: textos desconocidos y breve comentario sobre la novela autobiográfica de Darío". *Revista Iberoamericana, Documentos*, vol. XXXIII, 64, julio-diciembre, 1967, pp. 449-492.

Polidori, Erminio. "Rubén Darío en Mallorca". *Actas del III Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Colegio de México, I, 1968, pp.695-714.

Pons, Damià. *Ideologia i cultura a la Mallorca d'entre els dos segles (1886-1905)*. Palma, Lleonard Muntaner Ed., 1998.

Quintían, A. "Rubén Darío y la España catalana". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 261 (marzo), 1972, pp. 611-622 [El texto se puede encontrar en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012].

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

Rodríguez, Juan Carlos y Salvador, Álvaro. *Introducción al estudio de la literatura hispanoamericana*. Madrid, Akal, 1987.

Rusiñol, Santiago. *Obres completes* (V. I). Barcelona, Selecta, 1973.

Sants Oliver, Miquel dels. “Rubén Darío”. *Hojas del sábado, II, Revisiones y Centenarios*, Barcelona, Gustavo Gili, 1918.

Schulman, Iván A. “El oro de Mallorca, ¿novela inconclusa?”. *Fin (es) de siglo y Modernismo. Congreso Internacional Buenos Aires-La Plata, agosto de 1996*, Palma, UIB, 2001. [El texto ha vuelto a publicarse en *El proyecto inconcluso: la vigencia del modernismo*. México-Buenos Aires, Siglo XXI Ed.].

Shoemaker, William H. “Una amistad literaria: la correspondencia entre Galdós y Narcís Oller”. *Boletín de la Academia de Buenas Letras*, XXX (separata), 1963-1964.

Sotelo Vázquez, Adolfo. “Leopoldo Alas ‘Clarín’ y la literatura catalana finisecular”. *De Cataluña y España. Relaciones culturales y literarias (1868-1960)*, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 2014, pp. 105-125. [Reedición del trabajo con el mismo título en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, IIª época, n.º 26, (julio 1997), pp. 50-64].

Sotelo Vázquez, Adolfo. “El primer Miguel de Unamuno y la literatura catalana contemporánea (1895-1902)”. *De Cataluña y España. Relaciones culturales y literarias (1868-1960)*, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 2014, pp. 227-245. [Reedición del trabajo con el mismo título en *Anales de la literatura española contemporánea*, vol. 38, n.º 1/2, Studies in Honor of José-Carlos Mainer/Homenaje a José-Carlos Mainer (2013), pp. 461-477].

Sotelo Vázquez, Adolfo. “Rubén Darío y la crítica barcelonesa: Alexandre Plana”. *De Cataluña y España. Relaciones culturales y literarias (1868-1960)*, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 2014, pp. 448-462.

Sureda Bimet, Juan. “Noticia sobre la obra y la vida de Rubén Darío en Mallorca”. *Revista del Círculo de Bellas Artes*, Palma de Mallorca, n.º 14, año III, febrero, 1946, pp. 30-44. [Se publica de nuevo

Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona

Lourdes Sánchez Rodrigo

en mayo de 1950 en Estudios Centro Americanos, El Salvador, con una introducción de Miquel Batllori. Más tarde, Batllori incluye, con algunos retoques, su ensayo en el volumen *Vuit segles de cultura catalana. Assaigs Dispersos*. Segona edició. Selecta, Barcelona, 1959, pp. 263-270, bajo el título *Rubén Darío a Catalunya i Mallorca*].

Unamuno, Miguel de. *Obras Completas*, V. Madrid, Afrodisio Aguado, 1952.

Valera, Juan. “Cartas americanas (I)”. *Obras Completas*, vol. XLI, Madrid, Aguilar, 1915.

Recibido: 23 de mayo de 2018. Revisado: 14 de julio de 2018

Publicado: 30 de julio de 2018.

Revista Letral, n.º 20, 2018, pp. 113-139. ISSN 1989-3302.

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/RL.vi20.7826>